

Juan Crisóstomo
SOBRE LA VANAGLORIA

El verdadero carácter de la vanagloria

1. ¿Ha hecho alguno lo que he pedido? ². ¿Ha rogado alguno a Dios por nosotros y por todo el cuerpo de la Iglesia para que se apague el incendio que la vanagloria ha engendrado, que dañe a todo el cuerpo, que divida un solo cuerpo en muchos miembros y que haga jirones la caridad?

En efecto, igual que se arroja una fiera sobre un cuerpo noble y delicado e incapaz de defenderse, así ha clavado ella sus dientes sangrientos, le ha inyectado su veneno y lo ha llenado de gran fetidez. Unas partes, tras cercenarlas, las ha arrojado al

suelo, otras las ha despellejado y a otras incluso las ha devorado.

Si fuera posible contemplar con los ojos a la vanagloria y a la Iglesia, vería uno un espectáculo lamentable y mucho más penoso que los que suceden en los estadios: el cuerpo tirado al suelo y aquélla arriba, puesta encima, lanzando miradas a todas partes y conteniendo a los que tratan de caer sobre ella, sin apartarse nunca ni dar cuartel.

¿Quién, entonces, espantará de nosotros a esta fiera? Es tarea del que ha organizado el combate el enviar a sus ángeles cuando invocamos su auxilio y, amordazando éstos con una especie de cuerdas su hocico osado e impudente, el llevársela de este modo³. Pero el que ha organizado el combate hará esto sólo si, una vez retirada, no la buscamos de nuevo. Si los envía ordenando que la terrible fiera se aleje de nosotros y nosotros, después de salir sanos y salvos y de estar apartada en su madriguera, levantándonos con miles de heridas la vamos a buscar nuevamente, hacemos ruido y la azuzamos para que salga, ya no tendrá compasión de nosotros nunca más ni nos perdonará la vida. *¿Quién se compadecerá —dice la Escritura— del encantador mordido de serpiente y de todos los que se acercan a las fieras?*⁴.

2. Entonces ¿qué? ¿Cómo podríamos librarnos de este demonio malo y perverso? Pues es un demonio, realmente, aunque de amable aspecto.

Igual, en efecto, que si un demonio transformado en prostituta, cubierto de muchos adornos de oro, revestido con delicados mantos y despidiendo mil aromas, hubiera tomado la imagen de una mujer muy deslumbrante, eclipsando así la belleza más extremada; si luego apareciera también en aquella edad que más excita las almas de los jóvenes, ofreciendo la flor misma de la juventud, ceñido con un cinturón de oro y enseñando unos rizos artísticamente trenzados cayendo de su cabeza, semejantes al moño persa⁵; si se hubiera colocado una diadema alrededor de la cabeza, con lo que añadiría a los cabellos desnudos un gran adorno, y mostrara alrededor de su cuello destellante oro y piedras preciosas; si, además, estuviera en pie con el aspecto de una prostituta muy joven en un lugar apartado, delante de un burdel, y simulara, encima, mucha vergüenza, ¿a quién de los que pasaran por delante no seduciría?

Pero si después de esto, una vez dentro de la casa, se despojara de toda aquella belleza, mostrándose a sí mismo como un ser negro, ardiente y salvaje, cual conviene a un demonio; si pusiera fuera de sí al desgraciado caído en su poder y, saltando

sobre él y tras apoderarse de su alma, transportara su razón con báquico furor..., algo así es el malvado demonio de la vanagloria.

Pues, ¿qué parece ser más encantador que ella?, ¿qué más amable? Sin embargo, si vemos que la cosa es ilusión, que es comedia, no nos dejaremos atrapar en sus redes ni caeremos ante la puesta en escena. Porque lo que se ha dicho acerca de la prostituta podría decirse también de ésta ⁶ con razón: *Pues miel destilan los labios de la extraña* ⁷. Quien dijera lo mismo sobre la vanagloria no se equivocaría.

3. Pues como el fruto de Sodoma ⁸, tal es la vanagloria. Efectivamente, también aquél tiene un aspecto deslumbrante y a quienes lo contemplan les transmite a primera vista la impresión de tratarse de frutos sanos. Pero si coges en tu mano una granada o una manzana, cede al punto bajo los dedos y, hecha pedazos la piel que la envolvía, los deja caer en polvo y ceniza.

Algo así es también la vanagloria. Al contemplarla parece ser algo grande y admirable, pero si la retenemos en nuestras manos, arroja nuestra alma inmediatamente al polvo. Y que tal es la vanagloria

resulta evidente por muchas razones. ¿Por qué?
¿Queréis que empecemos primero por los paganos?

Los benefactores de la ciudad

4. Está lleno el teatro y todo el pueblo, sentado hasta lo más alto, ofrece un espectáculo brillante y compuesto de tantas caras que, a menudo, la propia galería superior y el techo que la recubre quedan ocultos por los cuerpos de la gente¹⁰. Ni tejas ni piedras pueden verse, sino que todo son caras y cuerpos de personas.

Cuando delante de todos efectúa su entrada el hombre generoso que los ha reunido, se levantan inmediatamente y lanzan como por una sola boca una sola aclamación, llamándole todos al unísono protector y benefactor de la ciudad común al tiempo que extienden las manos. Luego lo comparan con el

más grande de todos los ríos, parangonando la amplitud y profusión de su generosidad con la crecida de las aguas del Nilo. Dicen incluso que es un Nilo de dones. Los que quieren adularlo más, considerando que la comparación ésa del Nilo es pequeña, se dejan de ríos y de mares y, sacando en medio al océano, le dan este nombre: lo que es aquél en aguas, dicen, es éste en larguezas. En una palabra, que no hay especie de alabanza que se dejen.

Radiante es el rostro de la vanagloria. Sin embargo, vosotros tenedme bien en mente la figura de la joven con la que arreglamos al demonio cuando lo cubrimos de adornos de oro y le prestamos la juventud de una prostituta, y veréis que no es mucha la diferencia con esta imagen.

5. ¿Qué pasa después? Tras inclinarse respetuosamente ante ellos y honrarlos también él con este gesto, toma asiento mientras todos lo consideran dichoso y cada uno en particular hace votos para llegar a ser lo que aquél es entonces y luego morir inmediatamente.

Después de mucho gastar oro y plata, caballos, vestidos, esclavos y todo este tipo de cosas, y de agotar muchos bienes, lo cortejan de vuelta con grandes elogios, pero ya no son tantos pues, una vez terminado el teatro, cada cual se apresura a sus asuntos privados. Luego, en casa, los banquetes son suntuosos, mucho el regalo y grande el esplendor de la jornada. Hacia el mediodía otra vez lo mismo y así dos o tres días. Ahora bien, en cuanto todo se agota, incluídos mil talentos de oro, es entonces

cuando se revela la escoria, la ceniza y el polvo ¹¹ que es este griterío.

6. Porque cuando en casa echa cuentas y considera la desmesura del gasto, entonces se lamenta. En efecto, mientras está satisfaciendo su deseo como tomado por una borrachera de vanagloria, haría desembolso incluso de sí mismo y no puede darse la menor cuenta del daño. Pero una vez en casa, dentro de la casa de este demonio, ve que su momento ha pasado una vez disuelta la reunión y cuando mira hacia el teatro, encuentra que está vacío de espectadores, que nadie dice nada y que el daño no es producto de la imaginación, sino que pertenece ya al plano del dinero. Entonces se percató de la ceniza.

7. Pero si después de gastar más allá de su fortuna se ve necesitado, el que antes fue llevado en alto mendiga ahora en mitad del ágora; luego, de entre los que entonces lo aclamaban como benefactor ninguno se le acerca ni le tiende la mano, sino que hasta se alegran de lo ocurrido — pues incluso entonces, cuando lo alababan, también se reconcomían de envidia y consideraban como un consuelo para sus propios males el hecho de que aquél, que de esa manera llegó a brillar, pasara a ser el más deshonrado de todos. Verdaderamente, cuando nadie se acerca ni tiende la mano, ¿qué hay más lamenta-

ble que esto? ¿No es más bien digno de lágrimas?
¿Qué podría ser más penoso?

8. Probablemente no conocéis a ninguno que haya padecido esto ¹². ¡Ojalá, en verdad, fuera sólo no tenderle la mano!, pero, al contrario, es blanco de las críticas de quienes lo alababan. «¿Por qué —dicen— hizo el loco? ¿Por qué era un enamorado de la fama? ¿Por qué motivo otorgaba sus favores a prostitutas y mimos?».

Hombre insensible. ¿No lo admirabas tú? ¿No lo aprobabas tú? ¿No lo has inducido tú a esto con tus aplausos y tus alabanzas? ¿No lo llamabas Nilo? ¿No océano? ¿No has gastado todo el día en elogiándolo? ¿De dónde, entonces, que repentinamente hayas cambiado? Y cuando hay que mostrar compasión, entonces especialmente lo acusas de lo que aplaudías en otro tiempo.

Porque, si cuando vemos a alguien castigado por aquello que censuramos, no somos tan de piedra como para no plegarnos a compasión, cuando vemos que alguien sufre algún tipo de desgracia por cosas que incluso hemos elogiado, ¿no sería preciso

ser mucho más flexibles? Ahora acusas; cuando te divertía con el espectáculo, cuando dejabas todos tus asuntos y pasabas allí el día, ¿por qué no lo acusabas?

9. ¿Ves cuáles son las obras del diablo, cuáles los frutos de la vanagloria? Yo he dicho que son ceniza y polvo, sin embargo veo que no son ceniza y polvo solamente, sino también fuego y humo ¹³. Porque no es éste un asunto que se queda en no sacar ningún provecho, sino que llega incluso a precipitar en la desgracia. Para aquellos que gastan mucho sin sacar fruto, podría ser ceniza y polvo, pero no, desde luego, para quienes sufren lo que acabo de exponer.

10. «¿Y qué? —dicen—, cuando a causa de aquellos servicios públicos ¹⁴ son honrados y admirados por muchos, ¿es acaso pequeño este fruto?». Sí que lo es, y mucho; pues no es grande la gloria ésta que acabo de describir, el ser blanco de las burlas y objeto de acusaciones y calumnias.

«¿Y qué les importa a los que reciben honores?». Es que no es a causa de los servicios públicos por lo que aquéllos reciben honores, sino porque se espera que vuelvan a gastar en la plebe. Si fuera por

lo que han dado antes, ¿por qué les critican cuando ya no tienen más?, ¿por qué ni siquiera se les acercan, sino que incluso se mofan de ellos tratándolos de perdidos y de infames? ¿Ves cómo la vanagloria es una especie de locura?

11. Pero dejemos este aspecto que afecta a lo sumo a una o dos personas y pasemos a otro. Si alguien dijera: «¿Qué pasa, entonces, con los que gastan moderadamente en las diversiones de las ciudades?». Dime, te lo ruego: ¿cuál es el provecho? Porque también para aquéllos es efímera la gloria y el griterío.

Y la prueba de que esto debe ser así está en que si se les hubiera dado la opción de recobrar aquel dinero, o una tercera parte, o incluso lo más mínimo, y no haber oído ninguna aclamación de este tipo, ¿crees que no lo hubieran preferido mil veces? En efecto, quienes por un solo óbolo cometen mil acciones vergonzosas e impúdicas, ¿qué no hubieran hecho por tanto dinero gastado inútilmente?

12. En este punto mi discurso se dirige apremiantemente a los creyentes, que a Cristo, indigente y privado del alimento necesario¹⁵, no quieren ofrecerle ni lo más insignificante. Lo que aquéllos otorgan a prostitutas, mimos y bailarines por una sola aclamación, éstos no lo dan por un Reino eterno.

El común de las gentes

13. Pero pasemos a otra forma de vanagloria. ¿Cuál es ésta? La que es propia de la mayoría de los hombres y ya no de uno o dos.

Nos alegramos cuando se nos alaba incluso por cosas de las que no somos conscientes ni en lo más mínimo. El pobre¹⁶ hace todo con tal de cubrirse con bellos mantos, no por otra cosa, sino para ser considerado por el vulgo y, a menudo, pudiendo servirse a sí mismo compra un criado, no por necesidad, sino para no parecer un hombre sin honra al servirse a sí mismo.

¿Por qué razón, dime, servido todo el tiempo por sus propias manos, quiere ahora que le sirvan las de otro? Luego, si llega a juntar otra pieza de oro, adquiere un ajuar de plata y una casa espléndida. De esto nada es por necesidad. Si, efectivamente, estas cosas fueran por necesidad, la mayor parte de la estirpe de los hombres hubiera muerto y perecido.

Lo que quiero decir es: hay cosas necesarias sin las cuales no es posible vivir, como el producto de la tierra, que es una cosa necesaria y si ésta no trae fruto no es posible vivir. Los vestidos que nos cubren, el techo y las paredes así como los zapatos, estas cosas son de las necesarias, sin embargo todas las demás son superfluas¹⁷.

Porque si también aquéllas fuesen necesarias y no le fuera posible al hombre vivir sin servidor como no es posible vivir sin ellas, la mayoría de los hombres habría muerto, puesto que la mayoría no tiene quienes les sirvan ¹⁸. Si fuera necesario usar utensilios de plata y sin éstos no fuera posible vivir, hubiera perecido igualmente la mayor parte de los hombres, pues tampoco tiene plata la mayoría.

Si alguien dijera a los que poseen plata: «¿Qué sentido tiene para ti este ajuar? Dime su razón de ser y cuál es su utilidad», ninguna otra podría decir si no es la consideración de la plebe. «También lo poseo para que me admiren y no me desprecien, y lo escondo, a su vez, para que no me envidien ni me amenacen». ¿Qué podría haber peor que esta sinrazón? ¹⁹. Si lo tienes por la consideración de la plebe, muéstralo a todos, pero si temes la envidia no es bueno en absoluto poseerlo.

14. ¿Hablo también de otra sinrazón? A menudo, algunos que se privan a sí mismos de lo necesario y se consumen de hambre no descuidan estos enseres. Y si les preguntas dicen: «Tengo que guardar la dignidad» ²⁰.

¿Qué dignidad, hombre? No es esto la dignidad de una persona. Entonces es que manifestaban una gran falta de dignidad Elías el Justo, Eliseo y Juan. Pues uno no tenía nada más que una piel de oveja, andaba pidiendo a una viuda, pobre también ella, y llevaba una vida propia de mendigo cuando llegó a la puerta de aquella pobre mujer y pronunció las palabras que dicen los mendigos ²¹. Entonces faltaba a la dignidad también Eliseo, invitado a la mesa de una mujer necesitada ²². Y faltaba a la dignidad también Juan, que ni tenía manto ni un pan siquiera ²³.

Sólo hay una falta de dignidad: el poseer muchas cosas, y es, realmente, una gran falta de dignidad. En efecto, se gana fama de crueldad, de molicie, de flojedad y de orgullo, de vanagloria, de brutalidad. No es dignidad el llevar bellos mantos, sino que dignidad es revestirse de bellas acciones.

15. Y oigo que muchos son objeto de admiración por esto. «Fulano, dicen, guarda su dignidad. Su triclinio está bien cubierto y tiene muchos objetos de bronce. Es un señor de su casa».

«¿Y por qué –me dicen– nos haces reproches a nosotros que poseemos estas cosas, cuando habría que hacérselos a los que tienen más?». Por medio de vosotros acuso mucho más a aquéllos. En efecto, si no absuelvo de culpa a los que tienen poco, mucho menos a los que poseen mayores riquezas.

La dignidad no consiste en el esplendor de la casa, ni en la suntuosidad de los cobertores, ni en un lecho bien cubierto, ni en un triclinio adornado, ni en una muchedumbre de criados. Todas estas cosas son exteriores a nosotros y no nos atañen en nada ²⁴. Lo que a nosotros nos concierne es la moderación, el desprecio de las riquezas, el desprecio de la gloria, el reirse de la honra que viene de la masa, el considerar en nada las cosas humanas, el amar la pobreza, el transcender la naturaleza mediante una vida virtuosa. Esto es dignidad, esto es gloria, esto es honor ²⁵.